

## IVAN ILLICH: CRISTIANISMO RADICAL Y CRÍTICA DE LA SOCIEDAD TECNOLÓGICA

[Publicado en Ars Medica. Revista de Humanidades Médicas 2003; 1: 111-116]

Ivan Illich, que ha sido uno de los pensadores más radicales y originales (lo que no quiere decir de los más certeros) de la segunda mitad del siglo XX, murió en Bremen a finales del pasado año. Illich había nacido en Viena en 1926 y emigró a Florencia con motivo de la persecución nazi. Aunque judío de origen adoptó la religión católica, estudió teología y llegó a ser ordenado sacerdote ejerciendo como tal en Estados Unidos y en México. Illich fue una persona que asumió a fondo una determinada visión de la religión cristiana como evangelio liberador, como inspiración de una visión radicalmente crítica de las estructuras de poder de la sociedad capitalista y tecnológica, y también de sus *reflejos* socialistas o estatistas. Viajero y políglota, sus libros se ocupan de una gran variedad de temas desde un trasfondo común de crítica ideológica y social que, en el caso de Illich no sólo inspiraba la escritura de textos sino un denodado intento de vivir de otra manera, algo muy coherente con la cultura dominante en las décadas de inicio de la prosperidad posteriores a la segunda guerra mundial. En cualquier caso, la influencia y el prestigio de Illich comenzaron a declinar en los años ochenta y noventa de manera que su obra, dedicada ahora a temas menos polémicos pero no menos interesantes, no alcanzaba la misma difusión, aunque sus ideas y su testimonio inspiran todavía algunos movimientos grupos y escuelas tanto en Europa como en América (puede verse, por ejemplo <http://alf.zfn.uni-bremen.de/~pudel/index.html>).

Illich fue siempre un defensor radical de la singularidad humana, del valor del individuo, de la persona que es cada cual, del hombre y la mujer de carne y hueso, por decirlo a la manera de Unamuno, frente a las abstracciones pretenciosas que lo olvidan y a veces lo masacran. El fondo del conjunto de su obra es una denuncia de los mecanismos culturales, sociales, económicos y políticos que arrebatan el goce de una plenitud de la vida por cada cual y lo sustituyen por mecanismo de sumisión al poder alienante de las

instituciones, de la economía y de la tecnología. El economicismo de la sociedad contemporánea implica para Illich un falseamiento y un empobrecimiento, un arrebató violento en el fondo, de la posibilidad de vivir una vida natural y feliz, un apartamiento sistemático y necio de la experiencia auténtica, plena y gozosa del cuerpo, de la amistad, del amor, de la solidaridad. Su crítica se enfrentaba también con las posiciones doctrinarias de la izquierda más ortodoxa, especialmente cuando atacaba instituciones sociales como la escuela obligatoria o la sanidad pública tal y como es entendida por autoridades y gobiernos.

En 1976 publicó *Medical Némesis*, una obra breve pero atiborrada de innumerables referencias (muestra de su erudición y de su interés como lector de las fuentes más heteróclitas) en la que sometió a análisis sistemático los rasgos iatrogénicos de la medicina moderna. Este trabajo de Illich fue uno de los que obtuvo mayor repercusión internacional. El pensamiento que Illich argumenta en esta obra se apoya, entre otros, en los estudios de René Dubos, Thomas McKeown, Robert H. Moser, David M. Spain, H. P. Kümerle, R. Heintz y Erwin H. Ackerknecht para defender una tesis muy radical que se nutre, en realidad, de un sistema de creencias muy precisas sobre la condición humana: es la aplicación a la crítica de la práctica médica convencional de una concepción antropológica muy peculiar inspirada en una lectura radical de la teología cristiana.

A Illich no le interesaba simplemente mejorar el sistema médico denunciando sus imperfecciones o, incluso, sus contradicciones. Su interés de fondo era otro, una forma de pensar mucho más general; pretendía denunciar la ideología que oculta la manera en la que los poderes sociales arrebatan al individuo su enfermedad y la convierten en materia prima para una empresa institucional. Las categorías de Illich para argumentar esta denuncia son las mismas que le han servido también para arremeter contra la escuela (1978, 322): “Las libertades del autodidacta se verán restringidas en una sociedad sobreeducada igual que la libertad de asistencia a la salud puede extinguirse a causa de la sobremedicalización. Cualquier sector de la economía puede expandirse de tal manera que las libertades se anulen en áreas de niveles más costosos de igualdad”. En ambos casos, escuela y medicina socializada y tecnologizada, hay una sustitución de una necesidad humana básica (aprender, cuidar de sí) por una institución que reprime la inmediatez y la vitalidad de los deseos y esperanzas y los sustituye por un mecanismo que crea

dependencia y falsos problemas, ignorancia en el caso de la escuela y dolor innecesario e incomprensible en el caso de la medicina. Del mismo modo que “for most men the right to learn is curtailed by the obligation to attend school” (Illich 1971), ocurre también que “la asistencia institucionalizada a la salud – no importa que adopte la forma de cura, prevención o ingeniería ambiental- equivale a la negación sistemática de la salud” (1978, 14).

Su denuncia de los males que acarrea la práctica médica es una consecuencia de su visión crítica de la organización social, de su lucha contra la idolatría del poder: una posición que no sólo exige ser anarquista, sino algo mucho más radical y raro: un místico. Illich soñaba, en el fondo de su alma, con la expulsión de los mercaderes (por supuesto sin violencia) no sólo del templo sino de la tierra: apenas es posible describir un ideal más extemporáneo y crítico, el sueño de una ciudad de los hombres hecha a la medida de una ciudad de Dios liberada y fraternal. La posición de Illich solo puede entenderse si se parte de que, para él, la religión, entendida a su modo, es una fuente de conocimiento, una enseñanza más profunda que cualquier otra sobre la condición humana y sobre las claves de nuestra descarriada búsqueda de felicidad y armonía. Podría decirse que la ciencia y la tecnología, en la forma en que causan habitualmente universal admiración, apenas significaban para él otra cosa que una *diversión*, una mirada equivocada a lo que menos importa. No hay en Illich, sin embargo, irracionalismo; lo que hay es una denuncia de las deformidades o sueños de la razón que produce monstruos según el dicho de Goya al que se refiere Illich y que ya fue motivo de inspiración del libro de Dubos (1959) en el que se inspiró.

Para Illich la medicina era una profesión clericalizada cuya eficacia sobre las epidemias no había sido de hecho más poderosa que la atribuible a las liturgias de los sacerdotes en tiempos anteriores (1978, 22). Para cualquier espíritu religioso poderosamente libre la clericalización es siempre una amenaza y Illich la ve encarnada peligrosamente en el espíritu de la clase médica que permite al médico (y en cierto modo le obliga a ello) separarse del paciente introduciendo entre éste y él una serie de barreras protectoras que deshumanizan y corrompen su originaria relación humana. Esa profesionalización y el corporativismo que conlleva es causa de males muy reales: Illich (1978, 31) se refiere, por ejemplo, al caso del innovador

Semmelweis que se vio perseguido por sus irritados colegas cuando sugirió, correctamente, que la mortalidad en el parto podía deberse a problemas en la higiene de los médicos. Además, la alianza de la medicina con el poder y con la tecnología la convierte en un factor de acentuación de las injusticias en el caso, especialmente, de los países menos desarrollados; Illich (1978, 78n) afirma, incluso que las escuelas de medicina en los países pobres constituyen uno de los medios más eficaces para la transferencia neta de dinero a los países más ricos.

No niega Illich progresos evidentes, aquí y allá, especialmente durante los tiempos más recientes, pero atribuye la sensación generalizada de eficacia a una alianza entre los intereses de la tecnología médica y la “retórica igualitaria” (1978, 33). La medicina clerical es mucho menos interesante que las mejoras en los servicios públicos que permiten una vida saludable (como la mejora de la vivienda, la alimentación y la limpieza), pero los presupuestos, en todo caso inmensos, de las políticas sanitarias y de los sistemas de atención a la salud se destinan en un 70 u 80 por ciento a la atención de individuos y no a las mejoras generales que son más eficaces. Se necesitaría, pues, un cambio radical en esa tendencia, pero eso sólo se conseguirá en la medida en que se rompa el monopolio profesional de la clase médica y se denuncien las técnicas de propaganda de las grandes sociedades profesionales; Illich (1978, 36) afirma, por ejemplo, que “las tasas de supervivencia con respecto a los tipos más comunes de cáncer –los que integran el 90% de los casos- han permanecido prácticamente inalteradas durante los últimos veinticinco años. Este hecho ha sido constantemente enmascarado por los anuncios de la Sociedad Americana del Cáncer que recuerdan las proclamas del general Westmoreland desde Vietnam”.

El conjunto del sistema médico procura un incremento sin precedentes del número de pacientes, crea nuevas formas de dependencia, disminuye la autonomía de la persona y, además de inducir efectos iatrogénicos específicos, promueve una cultura de la enfermedad y de la salud que responde mucho más a sus intereses que a ninguna otra clase de consideraciones. Illich (1987, 111) aduce como característico de lo que afirma la consideración de la vejez: “la vejez, que en diversas instancias era considerada un privilegio dudoso o un final patético pero nunca una enfermedad ha sido puesta recientemente bajo las órdenes médicas”. Este análisis de Illich, aunque señala tendencias y problemas evidentes, difícilmente pudiera convertirse en fuente

de inspiración para las prácticas sanitarias de las sociedades tecnológicas y de masas. Pero su testimonio sirve para recuperar una reflexión que no deberíamos olvidar en aprecio del auténtico valor de la ciencia, especialmente en momentos en que, como ha recordado recientemente José Luis Puerta (2001, 406), la declaración de William Haseltine<sup>1</sup> según la cual “la muerte es un conjunto de enfermedades que se pueden prevenir” no aparece inmediatamente como un puro sinsentido.

La tecnología puede llegar a confundirse con la magia, según el brillante diagnóstico de A. C. Clarke, pero si pensamos en serio no deberíamos incurrir en esa confusión. A Illich (1978, 155) le parecía que “los procedimientos médicos se vuelven *magia negra* cuando en vez de movilizar los poderes de autocuración, transforman al hombre enfermo en un yerto y mistificado *voyeur* de su propio tratamiento”. Como hombre religioso que siempre fue Illich no sólo confiaba en los poderes curativos de un hipotético y misterioso espíritu, sino en la fuerza salutifera del cuerpo, algo cuya permanente afirmación y cuya profunda identidad con el espíritu no ofrecía dudas al místico Illich.

En un discurso de 1996, Illich resumía su trabajo de treinta años con las siguientes palabras: “Analiqué la educación como la laicización de un ritual católico por el que se transforma el don de la fe en una mercancía. Examiné la historia de la hospitalidad y la atención a los enfermos y vi cómo la Iglesia inició la esterilización de la caridad al institucionalizarla. Escribí sobre la degeneración del agua como H<sub>2</sub>O viéndolo como un caso de la desencarnación, como una pérdida de su valor sacramental. Me metí en un buen problema, sobre todo con las feministas académicas, publicando un ensayo sobre la historia social de dualidad y su corrupción por la sexualidad. Escribí sobre el Género, motivado en parte por el amor por Nuestra Señora quien dio a luz a aquel Hermano por quien mi fraternidad con el Otro se expresa en el misterio de la Trinidad. Escribiendo estos libros, encontré el mismo modelo misterioso repetido una y otra vez: un regalo de gracia ha sido convertido un horror moderno, ejemplos del *corruptio optimi quae est pessima*.”

Illich fue siempre un hombre libre, un pensador original y, sobre todo, un ser humano extremadamente profundo, sincero, valiente y coherente: según el testimonio de Carl Mitcham en la

---

<sup>1</sup> Presidente de Human Genome Sciences.

necrológica que le dedicó “los últimos años de su vida han sido especialmente dolorosos porque, consecuente con su pensamiento y reluctante de las innovaciones médicas, no aceptó los alivios terapéuticos, afirmando su cuerpo y lo que éste le trajera”.

José Luis González Quirós  
Instituto de Filosofía, CSIC, Madrid  
[jlgonzalezquiros@gmail.com](mailto:jlgonzalezquiros@gmail.com)  
<http://jlgonzalezquiros.es/>

## Referencias

Dubos, René (1959): *The Mirage of Health: Utopian Progress and Biological Change*, Anchor Books, New York (v. esp, *El espejismo de la salud: Utopía, progreso y cambio social*, Fondo Cultura Económica, México 1975).

Illich, Ivan (1971): *Deschooling Society*, Harper and Row, New York.  
(Version digital en <http://philosophy.la.psu.edu/illich/deschool/intro.html>)

Illich, Ivan (1974): *Energy & Equity*, Marion Boyars Publishers, London

Illich, Ivan (1977): *Limits to Medicine: Medical Nemesis. The Expropriation of Health*, Penguin, New York.

Illich, Ivan (1978): *Némesis médica. La expropiación de la salud*, Joaquín Mortiz, México.

Illich, Ivan, McKight, John, Zola, Irving K., Caplan, Jonathan, Shaiken, Harley (1978): *Profesiones inhabilitantes*, H. Blume, Madrid.

Illich, Ivan (1996): “ Philosophy... Artifacts... Friendship”, Discurso ante The American Catholic Philosophical Association, Los Angeles, California, 23-III-1996. (<http://www.aislingmagazine.com/Anu/articles/TAM28/Artifacts.html>.)

Mitcham, Carl y Alonso, Andoni (2002): “En memoria de Iván Illich, un anarquista entre nosotros”, *El País*, 10 de diciembre de 2002.

Puerta, José Luis (2001): “El sentido de la enfermedad y la muerte en los tiempos del imperativo tecnológico. Lecciones para la nueva geriatría”, en Martínez Lage, José Manuel y Hachinski, Vladimir, Eds. *Envejecimiento Cerebral y Enfermedad*, Triacastela, Madrid.